

FUTURO VERDE

POR UNA RECUPERACIÓN
SOSTENIBLE POST COVID-19

DOCUMENTO DE TRABAJO



© Konrad-Adenauer-Stiftung
Suipacha 1175, Piso 3. C1008AAW
Ciudad de Buenos Aires
República Argentina
Tel: (54-11) 4326-2552

www.kas.de/argentina

info.buenosaires@kas.de

Prohibida su reproducción total o parcial, sin la autorización expresa del autor y los editores.

Marzo 2021

1. INTRODUCCIÓN

La Fundación Konrad Adenauer (KAS), la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) y la Fundación Embajada Abierta (EA) hemos organizado un ciclo de actividades denominado “Futuro verde: por una recuperación sostenible post COVID-19”, con el objetivo de identificar y reflexionar sobre el impacto de la pandemia para la humanidad y el desarrollo sostenible.

El ciclo estuvo dividido en cinco eventos que se desarrollaron con una frecuencia de un evento cada dos semanas y fueron llevados a cabo mediante la plataforma virtual Zoom. En cada uno de ellos, las palabras de apertura fueron realizadas por la decana de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UADE, Silvia Toscano, el representante de la KAS en la Argentina, Olaf Jacob, y el presidente de la Fundación Embajada Abierta y embajador argentino en los Estados Unidos, Jorge Argüello. Luego de cada exposición, el público participante pudo realizar consultas a los disertantes.

El primer encuentro se denominó “El mundo post COVID-19, ¿más sustentable?” y se llevó a cabo el martes 8 de septiembre de 2020, y contó con la participación de la referente de Cuestiones Fundamentales de la Sostenibilidad de la KAS (casa matriz), Sra. Gisela Elsner, la directora del Programa Regional Seguridad Energética y Cambio Climático en América Latina (EKLA) de la KAS, Sra. Nicole Stopfer, y el viceministro de Ambiente

de la Nación, Sergio Federovisky. Este evento constituyó un encuentro introductorio para dar pie a los diferentes ejes de los posteriores.

El segundo, denominado “**Nuevos urbanismos**”, se llevó a cabo el miércoles 30 de septiembre y contó con la participación del jefe de Proyectos en la Unidad de Planificación Estratégica y Movilidad Sostenible de la ciudad de Stuttgart, Alemania, Patrick Daude, de la profesora adjunta del Departamento de Gobierno (UADE), Paola Ferrari, y de la arquitecta y especialista en Planificación Urbana Daniela Szanjberg. En este encuentro, se abordó la problemática del coronavirus en las grandes urbes del planeta, así como las tendencias demográficas y de urbanización de cara a 2050, que ponen en un primer plano la urgencia de diseñar e implementar ciudades más sostenibles. En ese orden de ideas, se identificaron una serie de lineamientos que encaminan a una gran ciudad hacia la sustentabilidad: un Estado y gobierno local presentes; distribución equitativa de la propiedad; sistemas impositivos amplios y confiables; planificación de cada nueva etapa de expansión urbana; inversión a largo plazo en infraestructura y servicios de calidad; y el manejo de grandes volúmenes de datos de esas poblaciones metropolitanas.

El tercer encuentro, denominado “**Producción y consumo responsable**”, se llevó a cabo el jueves 22 de octubre y contó con la exposición de la profesora Dra. Lucia Reisch (Copenhagen Business School) y María Victoria Ortiz (UNC/ CONICET), y del arquitecto Gonzalo Roque, de la Fundación Avina. En este encuentro, se destacaron las responsabilidades de actuar, desde los gobiernos hasta el sector privado, la sociedad civil y los individuos, si se quieren cumplir con éxito los objetivos ambientales estipulados por Naciones Unidas (ODS). Nuevamente, la pandemia tuvo un lugar central en la charla, donde se manifestó que las fronteras cerradas, el desafío de la disponibilidad de

productos básicos y el confinamiento redundaron en cambios de comportamiento en todo el mundo, que en algunos casos han acelerado sectores nuevos y emergentes que apoyan nuevos patrones de producción y consumo, desde el trabajo en línea hasta la producción de origen local. El desafío en la pospandemia, concluyeron los oradores, consistirá en fortalecer alternativas de producción y consumo a una escala amplia y duradera.

El cuarto encuentro, que hemos denominado **“El manejo sostenible del agua”**, se llevó a cabo el jueves 5 de noviembre y contó con la exposición de la asesora e investigadora en sustentabilidad y cambio climático, Mg. Heloisa Schneider, y del especialista en Derecho Ambiental Matías Oscar Muñoz (UADE). Los expositores concordaron en la creciente complejidad y la naturaleza global de los desafíos del agua, que exigen una planificación más sofisticada, sobre todo en regiones como América Latina, en especial en el marco del cambio climático inminente. Los expositores hicieron énfasis en la transición a la economía verde y en la planificación hídrica, la que debe convertirse en una política intersectorial, a fin de garantizar que todas las demás políticas y proyectos sean coherentes con los objetivos acordados colectivamente en la planificación general.

El quinto, y último encuentro de este ciclo, denominado **“Transición energética”**, se llevó a cabo el jueves 19 de noviembre y contó con las exposiciones de Karina Marzano (Fellow del Instituto de Estudios Avanzados de Sostenibilidad - Postdam, Alemania) y de Miguel Gratacos (profesor adjunto e investigador del Departamento de Gobierno - UADE). A pesar de los beneficios cada vez más evidentes de los sistemas de energía limpia, la transición hacia el abandono de los sistemas de combustibles fósiles todavía no está clara, destacaron los especialistas, haciendo énfasis en que la repentina conmoción pandémica alteró la dirección de las políticas energéticas en todo el

mundo. Ambos expositores enfatizaron que tanto los países desarrollados como aquellos en desarrollo necesitan que la transición energética ocurra lo más rápido posible para evitar los efectos más catastróficos del cambio climático, y que la evaluación de las tecnologías más eficientes y de fuentes renovables es el paso necesario para descarbonizar la electricidad, fomentar la electrificación y descentralizar las matrices energéticas nacionales.

2.

EL MUNDO POST COVID, ¿MÁS SUSTENTABLE?

Continuamente oímos en todos lados que el mundo ya no puede seguir produciendo, consumiendo y contaminando del mismo modo en que viene haciéndolo hace doscientos años.

Incluso antes del COVID-19, existía entre los expertos científicos, la sociedad civil organizada y los decisores políticos una sensación de agotamiento del modelo productivo imperante.

En 2020 llegó la pandemia, que será recordada en la historia como una de las disrupciones mundiales más repentinas y conmocionantes a la vez. Nada antes había golpeado a una parte tan vasta del mundo moderno a tanta velocidad y con consecuencias económicas y sociales tan devastadoras y generalizadas¹.

Como sabemos, esta crisis irrumpió en un ya complejo escenario local, regional e internacional, profundizando los desafíos y acelerando los procesos

¹ Argüello, Jorge, "Nuevas brújulas para aguas sin cartografiar", en Archivos del Presente, 03/07/20.

de cambio. Promediando el 2020, las consecuencias del coronavirus ya se perciben con un alcance y profundidad nunca vistos².

A pesar de los matices para cada región y para las diversas áreas que se analicen, esta crisis es global: afecta a todos los habitantes de este planeta³. Pero las situaciones críticas también pueden convertirse en una oportunidad, si se elaboran análisis concienzudos y si se construyen los consensos políticos para un cambio.

Existe un dato de la realidad a esta altura innegable, salvo por los necios: el patrón de desarrollo con el que la humanidad viene subsistiendo es claramente insostenible. El diagnóstico es tan claro como alarmante. Como dijo el secretario general de la ONU,

Antonio Guterres, “el punto de no retorno del cambio climático se precipita hacia nosotros”.

Por eso, en 2015 se procuró reforzar el compromiso de la comunidad internacional con la Agenda 2030 y los Objetivos del Desarrollo Sostenible. Hoy, los diecisiete ODS están bajo un estrés adicional por el impacto de la pandemia.

Los viejos anteojos de la política internacional ya no sirven. Todas estas cuestiones que antes eran vilipendiadas como de “baja agenda” o “temas menores”, hoy están a tope en la lista de prioridades de economías desarrolladas y emergentes por igual.

2 Argüello, Jorge y Salzmann, Marina, *Dossier Pandemos. Reflexiones para el mundo post Covid-19*, Buenos Aires, Ed. Fundación Embajada Abierta, julio 2020, p. 1.

3 *Ibíd.*

El momento es ahora: el 2020 ofrece una oportunidad sin precedentes para orientar al mundo en la senda del desarrollo sostenible.

Los objetivos finales de erradicar la pobreza, mejorar las condiciones de vida de la población y lograr la rápida transición a una economía baja en emisiones de carbono y resiliente al cambio climático, pueden reforzarse mutuamente, pero solo si se implementan acciones y programas políticos muy claros en esta dirección.

Luego de la tormenta, podemos quedarnos a medio camino o renovar nuestros esfuerzos por promover la prosperidad y la seguridad de las generaciones presentes y futuras.

En América Latina en general, y Argentina en particular, podemos lograr, a través de iniciativas puntuales, cambios gigantes: no debemos permitir que ninguna crisis ambiental refuerce las dificultades socioeconómicas ya existentes en nuestras sociedades.

Desde el consumo responsable hasta el manejo consciente de nuestras aguas, debemos exigirnos la construcción de consensos amplios y miradas integrales entre los distintos actores públicos, privados y de la sociedad civil.

Durante esta pandemia, descubrimos que aquello que era imprescindible no lo es tanto y que aquello que era relegado es innegociable y esencial.

Ahora bien, cabe destacar preguntarnos: ¿qué es la sostenibilidad?, ¿qué es el desarrollo sostenible? En el famoso informe “Nuestro futuro común” de la Comisión Mundial sobre el Medioambiente y el Desarrollo, de 1987, describe el desarrollo sostenible como “la satisfacción de las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades”. Cabe destacar que el medioambiente con sostenibilidad se define de manera más amplia e

incluye tres dimensiones más, que son el desarrollo económico, el desarrollo social y los aspectos éticos.

En un mundo globalizado, los desafíos en estos tres ámbitos requieren compromisos a nivel nacional, regional e internacional. En cuanto al ámbito internacional, estamos en el 75° aniversario del proyecto de gobernanza internacional en el contexto de las Naciones Unidas. En relación con el desarrollo sostenible, el continente latinoamericano tuvo un rol importante con dos cumbres importantes organizadas por Naciones Unidas, donde se asumieron compromisos y decisiones en cuanto a un desarrollo sostenible que nos guían hasta el día de hoy.

En 1992, la comunidad internacional se reunió en Río de Janeiro, Brasil, para discutir los medios para poner en práctica el desarrollo sostenible. Durante la denominada Cumbre de la Tierra de Río, los líderes mundiales adoptaron el Programa 21, con planes de acción específicos para lograr el desarrollo sostenible en los planos nacional, regional e internacional. Esto fue seguido en 2002 por la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible, aprobó el Plan de Aplicación de Johannesburgo. El Plan de Aplicación se basó en los progresos realizados y las lecciones aprendidas desde la Cumbre de la Tierra, y prevé un enfoque más específico, con medidas concretas y metas cuantificables, y con plazos y metas⁴.

En 2012, veinte años después de la histórica Cumbre de la Tierra, los líderes mundiales se reunirán de nuevo en Río de Janeiro para: 1) asegurar el compromiso político renovado con el desarrollo sostenible, 2) evaluar el progreso de su aplicación deficiente en el cumplimiento de los compromisos ya

4 Asamblea General de las Naciones Unidas, *El desarrollo sostenible*. Puede consultarse en línea en <https://www.un.org/es/ga/president/65/issues/sustdev.shtml>.

acordados, y 3) abordar los desafíos nuevos y emergentes. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Sostenible, o Cumbre de la Tierra de Río 20, se centró en dos temas: 1) economía verde en el contexto del desarrollo sostenible y la erradicación de la pobreza; y 2) el marco institucional para el desarrollo sostenible⁵.

Ahora bien, para el año 2012 ya se estaba haciendo evidente que los objetivos mencionados del desarrollo del milenio no serían alcanzables en 2015. Por esta razón, el Secretario General de las Naciones Unidas decidió nombrar un grupo de trabajo que representara a todas las regiones del mundo, que escribió un borrador sobre objetivos de desarrollo sostenible (ODS).

En 2014 se presentaron los objetivos, que incluían los tres aspectos de sostenibilidad basados en la gente, el planeta y la prosperidad, es decir, lo social, lo tecnológico y lo económico, los cuales deben tenerse en cuenta y vincularse entre sí.

Estos ODS toman en cuenta los diferentes niveles de desarrollo de los Estados miembros de la Naciones Unidas y proclaman como principio rector el de no dejar a nadie atrás y colaborar a nivel mundial para lograr cambios fundamentales y estructurales sobre la sustentabilidad.

Finalmente, la agenda 2030 y sus 17 ODS fue aceptada por los 193 Estados parte de las Naciones Unidas en septiembre de 2015. Los procesos de aplicación de los ODS son supervisados anualmente por el Foro Político de Alto Nivel sobre el Desarrollo Sostenible (FPAN), bajo los auspicios del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de Naciones Unidas. Este foro se reúne cada año auspiciado por el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (ECOSOC) y, cada cuatro años, auspiciado por la Asamblea

5 Ibid.

General, momento en el que las jefas y los jefes de Estado y/o de Gobierno asisten al mismo. También se invita a los Estados miembros a informar periódicamente sobre el estado de aplicación de los ODS a nivel nacional.

A su vez, las Naciones Unidas presentan un informe anual sobre ODS, en el cual se analiza el estado de situación en el camino hacia la compleción de los ODS. En el informe del 2020, el Secretario General de las Naciones Unidas nos recuerda que los 17 ODS exigen nada menos que una transformación en los sistemas financieros, económicos y políticos que rigen hoy en nuestras sociedades, para garantizar los derechos humanos y para todos. Estos objetivos requieren de una inmensa voluntad política y una acción más ambiciosa por parte de todas las partes implicadas.

Ahora bien, estamos cumpliendo diez años de acción para la realización de los ODS y nos encontramos con un mundo que enfrenta muchos desafíos, a los cuales se suma una crisis de financiación de los ODS. La inversión extranjera directa y los préstamos personales disminuyen, la cooperación para alcanzar los ODS se estanca, el multilateralismo está en crisis, hay una competencia de sistemas entre Oriente y Occidente y esta competencia se refleja en la pluralidad de concepciones existentes en cuanto a la cooperación internacional.

Está claro que ningún país logrará cumplir los ODS para 2030. Los efectos de la pandemia afectan a todos los Estados, pero no afecta a todos de la misma manera, sino que ha expuesto y exacerbado las desigualdades poniendo en peligro la realización de los ODS en su totalidad.

Si tomamos, por ejemplo, el ODS 1, sobre el fin de la pobreza, por primera vez en 30 años, la pobreza ha crecido. Si tomamos el objetivo de hambre cero, las cadenas de abastecimiento colapsaron como consecuencia de la interrupción del comercio internacional y no hay duda de cómo esto ha

afectado a los problemas relacionados con el hambre. El objetivo 3, salud y bienestar, es el más afectado por el COVID-19, si tenemos en cuenta la cantidad de personas contagiadas y los muchos sistemas de salud que se encuentran al borde del colapso.

En resumen, los desafíos mundiales para el desarrollo sostenible se han multiplicado por la pandemia y sus consecuencias sanitarias. Los países luchan contra las perturbaciones económicas y financieras causadas por la interrupción de la actividad industrial y el comercio, como la caída de precios básicos y la volatilidad de ingresos financieros.

Lejos de socavar los fundamentos de los ODS, las causas y los efectos desiguales del COVID-19 demuestran por qué tenemos que trabajar hacia un desarrollo sostenible, con el objetivo que la agenda 2030 nos muestra. De hecho, los principios sobre los que se establecieron los ODS son claves para la recuperación post COVID, para que la misma sea sostenible y se busque una resiliencia frente a una crisis que es muy probable que suceda en un futuro no muy lejano.

Ahora bien, en el caso específico de Latinoamérica, aún no nos encontramos en una escena post COVID, sino en medio de la crisis. Latinoamérica ha sido el epicentro mundial de la pandemia desde junio, con aproximadamente el 40% del total mundial de fallecidos. Esta pandemia ha exacerbado problemas económicos y sociales ya presentes desde antes en Latinoamérica, lo que nos pone en una situación desfavorable. Se han desplomado las tasas de empleo; la OIT calcula que se han perdido más de 34 millones de empleos formales⁶. Esto demuestra que en la región hay múltiples crisis: no

6 OIT, *Panorama Laboral en tiempos de la COVID-19: impactos en el mercado de trabajo y los ingresos en América Latina y el Caribe*, 30/09/2020. Se puede consultar en línea en https://www.ilo.org/americas/publicaciones/WCMS_756694/lang--es/index.htm.

solo la sanitaria, sino también la económica y social, además de la crisis ambiental que sufrimos desde antes de la pandemia.

Dada la situación devastadora en la región, tenemos que tener en cuenta la realidad latinoamericana con respecto a la recuperación. No se trata solo de recuperar y reactivar las economías, sino también de mitigar lo sistémico y plantear el objetivo de estimular la producción, el comercio y el empleo en general, de manera segura.

Sin embargo, la crisis nos presenta algunas áreas de oportunidades que se destacan, como es el caso de la producción agrícola, las soluciones basadas en la naturaleza, la resiliencia en las ciudades, la transmisión a energías renovables, la movilidad eléctrica y la economía circular. Estos temas no son nuevos, salidos de la nada, sino que se trata de procesos que estaban en marcha desde antes de la pandemia, en los que Latinoamérica ha sido un actor importante.

En razón de esto, muchos países de la región ya están trabajando en planes para recuperarse de manera sostenible. Debemos destacar la necesidad de una colaboración regional, aprovechando los bloques, no solo porque ya existen, como la Alianza del Pacífico, el Mercosur y la Comunidad Andina, sino porque la pandemia nos ha mostrado que “nadie se salva solo”.

3.

NUEVOS URBANISMOS

La pandemia del COVID-19 llegó a un mundo urbanizado como nunca. El crecimiento de las grandes ciudades y conurbanos en el mundo desarrollado, pero sobre todo en el Sur global, supondrá un gran desafío para los Estados y los gobiernos locales hacia 2050⁷.

Los cambios demográficos que el mundo vive desde finales de la Guerra Fría, favorecidos por las mejoras en los niveles de nutrición y sanidad, configuran, a paso lento pero seguro, nuevos centros de gravedad poblacionales en el planeta. Por ejemplo, la ciudad de Niamey, capital de Níger (África), tendrá para finales de siglo más población que toda la Argentina⁸.

La cuestión demográfica combina dos fenómenos: el crecimiento poblacional —sobre todo en el mundo en desarrollo— y la veloz urbanización —en todo el globo—. Las últimas proyecciones de Naciones Unidas esperan que la población mundial crezca en casi 3000 millones de personas para mediados de este siglo, lo que equivale a dos veces la población de China o India.

7 Fundación Embajada Abierta, *Las ciudades en el siglo XXI*. Se puede consultar en línea en <https://www.embajadaabierta.org/post/las-ciudades-en-el-siglo-xxi>.

8 *Ibíd.*

Para 2100, seguramente habrá otros 3000 millones de seres humanos más, por lo que llegará a 11000 millones⁹.

Para entonces, dice la ONU, se espera que la humanidad se haya convertido en una especie casi exclusivamente urbana, con hasta 9 de cada 10 personas viviendo en ciudades. En 2050, ya serán dos de cada tres¹⁰.

Esa lista de nuevas ciudades se sumará a las ya existentes, que se ampliarán con extensos cinturones conurbanos. Según las proyecciones de los estudios demográficos, para mediados de este siglo más de 100 ciudades tendrán una población superior a los 5,5 millones de personas¹¹.

Esto tiene implicancias estratégicas en lo económico y en lo político. Primero, porque las grandes urbes son cada vez más el motor fundamental del desarrollo y la innovación en una economía. De hecho, según estimaciones de la OCDE, las ciudades ya son responsables del 80% del PIB global. Segundo, porque estas ciudades gozan de un peso político (hacia adentro) y diplomático (hacia afuera) que les da dinámicas propias al margen de sus gobiernos nacionales e incluso, en ocasiones, les disputa protagonismo¹².

Los expertos sostienen que el crecimiento de la población es necesario para crear riqueza. Además, la urbanización puede reducir significativamente el impacto ambiental causado por los seres humanos.

Pero también, debemos recordar que las grandes ciudades pueden volverse ingobernables para países institucionalmente débiles o amplificar las catástrofes climáticas.

9 Ibid.

10 Ibid.

11 Ibid.

12 Ibid.

Ahora bien, desde una óptica más cercana al individuo, se presentan ciertos problemas y oportunidades que deben ser tenidas en cuenta. Un fenómeno que está sucediendo en todo el mundo es que la ciudadanía reclama la calle, porque saben que ella no es solo para que circulen vehículos. La recuperación del espacio público para el peatón se ha transformado en un elemento fundamental para las nuevas ciudades.

Es en este contexto donde la planificación urbana deberá jugar un rol trascendental. Antes de la pandemia, las distintas ciudades se encontraban diagramando cambios de escenarios territoriales previsibles y a largo plazo hacia escenarios diversos, inciertos y de corto plazo. El escenario post pandemia presenta un futuro totalmente distinto a los escenarios y supuestos con los que las ciudades estaban trabajando. Esta crisis obligará a un redireccionamiento del diseño del espacio público y privado, y la revalorización de los intereses individuales y colectivos.

En este orden de ideas, la pandemia ha mostrado el mayor protagonismo que tienen los gobiernos locales. Sin embargo, no es un proceso nuevo en la región latinoamericana y en Argentina en particular. Es un proceso que podemos situarlo a fines de la década del 80, asociado a múltiples cambios (recuperación de la democracia, mayor participación ciudadana, globalización, descentralización). Ahora bien, no está claro que este mayor protagonismo redunde en un mayor beneficio para la ciudadanía, ya que, en la región, lamentablemente, se enfrentan problemas del siglo XXI con ideas del siglo XX y con herramientas del XIX.

Una de las mayores dificultades a las que se enfrentan los gobiernos locales será un incremento de las demandas ciudadanas, producto de la pandemia y de la crisis económica. Entre las más importantes, se destacan: mayor seguridad, mejoras en la infraestructura, atención a los sectores

vulnerables, cuidado del medioambiente y una cada vez mayor movilidad sostenible.

Ahora bien, para hacer frente a estas múltiples demandas, surge un problema fundamental: la falta de recursos propios. En los últimos años, se ha consolidado una dependencia financiera de los gobiernos locales hacia los gobiernos provinciales o nacionales. En ese marco de múltiples demandas y de escasos recursos, se presentan serias dificultades de gestión.

Sin embargo, esta crisis puede presentar una oportunidad para los gobiernos locales, ya que pueden aprovechar la mayor visibilidad que trajo la pandemia. Se debe buscar una mejor y mayor participación de la comunidad, dada la cercanía de los municipios con la ciudadanía, y se requiere un gobierno más ágil, más profesional, con mayor tecnología e información, que pueda apoyarse en el tejido social de su comunidad y que tenga voluntad y vocación para intervenir. Este mayor protagonismo permitirá reclamar mayores recursos. Es necesario que los gobiernos locales tengan la capacidad de transformarse.

El diagnóstico es claro: las metrópolis del futuro pueden ser una tremenda fuente de dinamismo y crecimiento; pero si no se planifican o se gestionan mal, pueden llegar a ser abarrotadas, desconectadas y costosas. A esto, el Banco Mundial se refirió como “los demonios de la densidad”.

Asegurar que la gente pueda prosperar en las ciudades del mañana será uno de los mayores retos de este siglo. Lo que ocurra en los próximos lustros con nuestras ciudades determinará el entorno global y la calidad de vida de cientos de millones de personas del planeta.

4.

CONSUMO Y PRODUCCIÓN RESPONSABLE

El progreso económico y social del último siglo estuvo acompañado de una degradación ambiental que hoy pone en peligro los sistemas de los que depende nuestro desarrollo futuro y nuestra mismísima supervivencia.

Según las proyecciones del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas, la población mundial crecerá hasta unos 8.500 millones de personas en 2030 y casi 10 millones en 2050¹³. El equivalente a casi tres planetas podría ser necesario para proporcionar los recursos naturales para mantener nuestros estilos de vida actuales.

El consumo y la producción sostenibles consisten en lograr más y mejores resultados con menos. También se trata de disociar el crecimiento económico de la degradación ambiental, algo que hasta el siglo XXI nuestro mundo industrial no ha logrado.

13 Departamento de Asuntos Sociales y Económicos de la ONU, *Perspectivas de la Población Mundial 2017*. Se puede consultar en línea en: <https://www.un.org/development/desa/es/news/population/world-population-prospects-2017.html>.

Producción y consumo son dos mitades que forman parte de un solo ciclo productivo. La pandemia del COVID-19 ofrece la oportunidad de desarrollar planes de recuperación que inviertan las tendencias actuales y cambien nuestras pautas de consumo y producción hacia un rumbo más sostenible.

Una transición exitosa necesitará como ingredientes básicos:

- la mejora en la eficiencia de los recursos,
- la consideración de todo el ciclo de vida de las actividades económicas y
- la participación activa en acuerdos ambientales multilaterales.

Hay muchos aspectos del consumo que con simples cambios pueden tener un gran impacto en la sociedad en su conjunto. Por ejemplo, la huella material mundial, un indicador de la presión ejercida sobre el medioambiente para apoyar el crecimiento económico y satisfacer las necesidades materiales, creció un 20% solamente en la última década, según Naciones Unidas.

Uno de los pilares sobre los que hay que construir una nueva mentalidad de consumo y producción es la reducción de los residuos y el desperdicio de alimentos. Con acciones de sencilla logística e implementación legal, se puede contribuir mucho a la sustentabilidad, al disminuir los costos de producción y aumentar la eficiencia de los sistemas alimentarios.

Actualmente, el mundo pierde un tercio de los alimentos después de cada cosecha, del transporte, del almacenamiento y del procesamiento. Continuar con la vieja mentalidad sale caro: supone más de 1 billón de dólares al año.

Para cambiar la situación, productores y consumidores, las dos partes del binomio, tienen que cambiar de esquema. De las empresas, se necesita una mejor comprensión de los impactos ambientales y sociales de sus productos

y servicios. La identificación de los puntos críticos dentro de la cadena de valor en los que potenciales modificaciones tendrían un mayor impacto es un primer paso para definir las prioridades. Un ejemplo claro: en la era digital en que vivimos, la electrónica es uno de los sectores fundamentales. En la década pasada, los desechos electrónicos aumentaron un 40% a nivel mundial, pero menos de la quinta parte se recicla.

A partir de allí, la innovación y las soluciones de diseño pueden ayudar e inspirar a las personas para que lleven estilos de vida más sostenibles, para reducir los impactos ambientales y mejorar el bienestar físico, psicológico y emocional.

Esto debe convocar a las grandes empresas, pero sobre todo a las pymes. Mientras que el 93% de las 250 empresas más grandes del planeta ya implementaron políticas sostenibles, las pymes muchas veces tienen menor flexibilidad para hacerlo.

Del lado de los consumidores, hay dos formas básicas de ayudar: 1. reducir nuestros residuos y 2. ser considerados eligiendo una opción sostenible siempre que sea posible. En este sentido, ayer celebramos, como todos los años, el Día Mundial del Ahorro de Energía, que invita a replantear nuestros hábitos de consumo energético.

Poco a poco, los gobiernos también acusan recibo de la necesidad de una producción y un consumo responsables. En los últimos tres años, 80 países y la Unión Europea promulgaron al menos una ley en esta dirección.

La crisis actual es una oportunidad para un cambio profundo y sistémico hacia una economía más sostenible, que funcione tanto para las personas como para el planeta.

El COVID-19 puso de manifiesto la relación entre las personas y la naturaleza. Reveló los principios fundamentales de compensación a los que nos

enfrentamos constantemente: los seres humanos tienen necesidades ilimitadas, pero el planeta tiene una capacidad limitada para satisfacerlas.

Debemos tratar de comprender y apreciar los límites a los que los humanos pueden empujar a la naturaleza, antes de que el impacto sea demasiado grande. Y esos límites deben reflejarse en nuestras pautas de consumo y producción. Esta situación mundial dramática puede ser un catalizador para el cambio social. A la salida de ella, debemos reconstruir un mundo mejor y hacer una transición en nuestra producción y nuestro consumo hacia prácticas más sostenibles.

El consumo y la producción sostenibles pueden contribuir sustancialmente a la mitigación de la pobreza y a la transición hacia economías con bajas emisiones de carbono y mucho más ecológicas en general.

Ahora bien, la situación en la región de Latinoamérica y el Caribe tiene un gran déficit en todo lo que implica el tratamiento de residuos, ya que el 45% de los residuos sólidos en América Latina se disponen inadecuadamente y su manejo consume hasta el 40% de los presupuestos municipales.

La región se encuentra entre las que menos reciclan en el mundo en términos proporcionales, ya que se recicla menos del 5% de los más de 200 millones de toneladas de residuos generados anualmente y solo el 2% de sus ciudades tienen programas formales de reciclaje, por lo que es responsable de la fuga de 576.000 toneladas de plásticos hacia los océanos por año.

Los llamados “recicladores de base” son el principal eslabón de la región que hacen posible la industria recicladora. Se trata de aproximadamente 2 millones de trabajadores que aportan el 50% de lo que se recicla en la región, pero solo el 10% se encuentra bajo alguna forma de organización

formal, ya que la mayoría trabaja en condiciones de marginalidad y de precariedad laboral.

Es fundamental un cambio sistémico en la manera de gestionar los residuos en la región, ya que el reciclaje inclusivo tiene mucho para aportar a la economía circular. No solo en la región, sino en todo el Sur global. Pero para que esto suceda, se requiere un abordaje integral insoslayable. Para ello, algunos pilares clave son:

- Políticas públicas y regulaciones que promuevan la recuperación sobre el enterramiento.
- Inversiones en infraestructura y logística para los sistemas de recupero.
- Construcción de capacidades en municipios, recicladores y otros actores del sistema.
- Innovación tecnológica y de modelos de negocio para el desarrollo de la industria.
- Gestión de información y datos para la toma de decisiones estratégicas.
- Cambio cultural en la ciudadanía/consumidores para instalar la separación como parte de la responsabilidad compartida.

Sin embargo, estos pilares no están exentos de grandes desafíos propios del Sur global, como ser:

- Los bajos precios de materiales que desincentivan la inversión, tanto para recupero como para transformación.
- La informalidad y la percepción social sobre los recicladores complica su reconocimiento e incorporación como actores formales del sistema.

- Intereses sectoriales en pugna que dificultan avanzar en esquemas regulatorios que favorezcan los esquemas de recupero y valorización.
- Tecnologías de valorización energética que llegan con fuerza a la región, con intereses privados y públicos por instalarlas.
- La gestión de la información como bien privado, manejada de manera confidencial, dificulta contar con información pública de calidad.

Asegurar este cambio en nuestra producción, nuestro consumo y el tratamiento de los residuos constituye un objetivo fundamental para asegurar un entorno global y calidad de vida de nuestras generaciones futuras.

5.

MANEJO SOSTENIBLE DEL AGUA

El agua es el fundamento más importante para el desarrollo de la vida social, económica y ecológica de nuestro planeta. La adecuada gestión integrada de los recursos hídricos es una de las herramientas más potentes para asegurar el suministro de agua potable.

La pandemia del COVID-19 trajo con urgencia la necesidad de redoblar nuestros esfuerzos para desarrollar planes que reviertan el déficit de agua potable y saneamiento y cambien nuestras pautas de manejo del agua hacia un rumbo más sostenible.

Esta problemática es particularmente significativa para nuestra región. Un tercio de los recursos hídricos del planeta están en América Latina; sus metros cúbicos de agua anual per cápita duplican el promedio mundial.

A pesar de ello, en nuestra región, cerca de 75 millones de personas carecen de acceso al agua potable, dos de cada tres habitan en zonas rurales y el tercio restante, en zonas urbanas. Además, 110 millones no tienen acceso a saneamiento adecuado.

La Organización Mundial de la Salud ha manifestado en sus mediciones que el 85% de las causas de enfermedades y de muertes en el mundo se asocian

con el agua contaminada y la falta de acceso a la misma. Las enfermedades hídricas, como la disentería, cobran la vida de tres millones de personas cada año.

América Latina no escapa a esta realidad: anualmente se reportan 150.000 muertes por enfermedades hídricas, 85% de las cuales ocurren en niños menores de 5 años de edad¹⁴.

Es cierto que se han hecho avances en los últimos veinticinco, de la mano del Sistema de Naciones Unidas y los Estados, pero el ritmo de consumo industrial y personal del agua potable atenta contra este progreso.

De no hacer nada al respecto, estas deudas crecerán para 2050, y se estima que para ese entonces el consumo de agua debido al incremento de la energía eléctrica se elevará en un 360%.

Además, la escasez de agua, alarmante en todo el mundo, probablemente crecerá con el aumento de las temperaturas globales producto del cambio climático. A comienzos de la década pasada, 40 países ya experimentaban interés en los asuntos hídricos. Esto impactará en los progresos ya logrados y hará surgir conflictos por los recursos. Entre el 2000 y el 2009 se registraron 94 conflictos con relación al agua. Entre el 2010 y 2018 se registraron casi tres veces más, 263 conflictos relacionados con el agua, de los cuales en 223 casos el detonante del conflicto fue el agua.

Ahora bien, la pandemia representa oportunidades y expone un problema que hace mucho no se hablaba. Hace diez años, el tema del consumo del agua estaba en el tope de la agenda mundial. En el año 2010, la Asamblea

14 Tragua, "América Latina: un continente rico en agua", en *Situación hídrica en América Latina*. Se puede consultar en línea en: <https://tragua.com/situacion-hidrica-en-america-latina/>.

General de la ONU había declarado como derecho humano el acceso al agua. Al final de la aplicación de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), este tema tuvo la mayor visibilidad y el mayor avance que el planeta ha demostrado en este sentido. Más del 90% de la población mundial pasó a utilizar fuentes de agua potable mejoradas y un 70% contaba con instalaciones de saneamiento mejoradas. Fue el primer gran avance.

El segundo gran avance que se piensa lograr es a través de los ODS. Se trata de buscar la universalidad del acceso al agua. Ahora bien, para lograr esta universalidad, los Estados deberán invertir en la planificación y ejecución de infraestructura, fortalecer las estructuras institucionales, organizacionales y mejorar la institucionalidad con reformas profundas con relación al agua. El establecimiento de incentivos para aumentar la eficiencia y proveer las condiciones básicas de gobernanza y sostenibilidad de los servicios será fundamental.

Uno de los temas claves al respecto es que, si bien es cierto que la cobertura es amplia, dicha cobertura no es segura en el 100% de los casos. Por ejemplo, la región de Latinoamérica cuenta con una posición privilegiada. Sin embargo, la distribución en la región es heterogénea y desigual, ya que solo muy pocas empresas de provisión de servicios de agua potable de la región lo hacen las veinticuatro horas del día durante los siete días de la semana. Ningún país en la región ha hecho un esfuerzo significativo con respecto a inversiones en infraestructura de agua potable y saneamiento.

Se debe trabajar en la legislación de cada país para la reutilización de las llamadas aguas grises o el tratamiento de agua domiciliaria. Se debe intensificar el uso de la agricultura de precisión para utilizar de mejor manera los recursos de agua en dicha área. En la Argentina el uso del agua para la agricultura representa el 70% del total del consumo de agua dulce del país.

Para evitar el colapso, la gestión debe realizarse de manera integrada, coordinando el aprovechamiento del agua, de la tierra y de los recursos

relacionados, con el fin de maximizar el bienestar social de todos sin comprometer la sostenibilidad de los ecosistemas. Se deben consolidar planes y políticas que compatibilicen demandas con disponibilidad, fortalecer la institucionalidad y la infraestructura sustentable y adaptada al cambio climático, mediante un enfoque multisectorial y multinivel, para disminuir los desastres asociados con la falta de agua y las inundaciones.

Si queremos mejorar nuestra situación hacia 2030 y más allá, deberemos

- ampliar la cooperación internacional y el apoyo prestado a los países en desarrollo para la creación de programas relativos al agua y el saneamiento;
- apoyar la participación de las comunidades locales en la mejora de la gestión del agua;
- aumentar nuestra capacidad de acopio y almacenamiento de agua;
- fomentar aún más las tecnologías de desalinización;
- buscar un aprovechamiento eficiente de los recursos hídricos;
- perfeccionar el tratamiento de aguas residuales; y
- apostar por tecnologías de reciclaje y reutilización que reduzcan el consumo de agua.

Estas directrices básicas fueron reforzadas por la propia ONU, cuando en 2018 se lanzó la “Década del Agua para el Desarrollo Sostenible” hasta 2028.

Nuestro norte es claro: es imperioso mejorar el abastecimiento de agua, el saneamiento, la gestión del agua y la reducción del riesgo de desastres, para afrontar mejor el estrés hídrico, combatir el cambio climático y mejorar la capacidad de recuperación frente a desastres naturales.

La crisis actual es una oportunidad para un cambio profundo y sistémico hacia el manejo sostenible del agua, que beneficie a toda la humanidad.

6. TRANSICIÓN ENERGÉTICA

La transición energética es un pilar fundamental de cualquier proyecto de construcción de un desarrollo sostenible. En el 2019, el mundo rompió récords en materia de transición energética, por diferentes motivos: el mayor incremento de capacidad energía solar en un año de 118 gigawatts; la mayor inversión en energía eólica marina en un año, con casi 30 mil millones de dólares. Esto representa un incremento de alrededor del 20% respecto de 2018.

Se trata del mayor volumen de acuerdos corporativos de compra energías renovables llegó a 19,5 gigawatts en todo el mundo. La mayor inversión en energías renovables que jamás se haya realizado en las economías en desarrollo, salvo China e India; se invirtieron alrededor de 60 mil millones de dólares del mundo en desarrollo.

Un récord de 21 economías que invirtieron más de 2 mil millones de dólares en energías renovables en un año. Se evitó la emisión de unos 2100 millones de toneladas de CO₂ equivalentes a un 16% de lo que recibió la atmósfera en 2019.

La transición energética requiere de grandes cantidades de capital, así como de una planificación y coordinación a largo plazo en múltiples niveles de

gobierno. Se necesita una transformación en todos los sectores y políticas innovadoras en relación con fuentes de generación de energías y nuevas tecnologías. Con la energía limpia podremos hacer frente a la contaminación atmosférica, recuperar los cielos azules, asegurarnos de tener agua descontaminada y mantener sanas nuestras crecientes ciudades.

Los materiales estratégicos para la transición energética y las cadenas de valor son un punto central en este tema, ya que la cuestión de las cadenas de valor ganó gran atención durante

la pandemia y han surgido nuevos debates, como, por ejemplo, sobre la transparencia de las cadenas de suministros. Estos debates también impactan en la transición energética global.

Ahora bien, por un lado, el cambio climático impone la posibilidad de descarbonizar la economía, que depende del éxito de la transición energética. Por otro lado, la transición energética será más intensiva de lo esperado en el uso de materiales, según estudios realizados en 2019 por el Banco Mundial. Esto es debido a la creciente demanda de minerales y metales para la fabricación de tecnologías limpias. Este aumento de demanda no afecta solo a los materiales raros, como el litio, sino a materias primas como el aluminio, el cobre, el hierro.

Esta situación supone una paradoja: al adoptar tecnologías de energía limpia, se aumentarían las emisiones de carbono que ocurren en las fases *outstream*, fases al inicio de la misma cadena de valor que produce estas tecnologías.

Para evitar eso, es necesario transformar la minería y hacerla lo más sostenible y verde posible. Sin embargo, el sector minero es históricamente responsable por impactos socioambientales y es una de las industrias que

más consume energía (11% del consumo global). Es necesario que dentro de la perspectiva de la amplia transición energética global se someta al sector minero a su propia transición. Un segundo aspecto a tener en cuenta en este tema es la cuestión geográfica. Muchos de los minerales para la transición energética vienen de países en desarrollo y economías emergentes, especialmente de Latinoamérica. Dado que las actividades mineras juegan un papel clave en esas economías, surgen oportunidades económicas para la región, siempre que se plantee la minería sostenible, lo que significa que, desde el punto de vista ambiental, se deberán integrar las energías renovables y las medidas de eficiencia energética de uso de agua en las operaciones mineras. Además, será fundamental prevenir la deforestación, la pérdida de biodiversidad, los desastres ambientales e implementar enfoques de economías circulares mediante el reciclaje y la reutilización de recursos. Desde el punto de vista social, es imperativo diversificar la economía, crear valor y brindar alternativa de empleos e ingresos, para reducir la vulnerabilidad y la dependencia de las comunidades locales.

En este punto, la gobernanza privada desempeñará un rol fundamental. Esta gobernanza incluye estándares y certificaciones creados por actores privados y ocurren en paralelo a la iniciativa de gobernanzas públicas. Se trata de medidas regulatorias no estatales destinadas a productos, procesos de producción y cadenas de suministros.

La gobernanza ambiental privada y las cadenas globales de valor funcionan como vehículos para la transferencia regulatoria. Es decir, estas normas viajan a través de las cadenas globales de valor, por lo que tienen un alcance extraterritorial. Son reglas privadas transfronterizas y, aunque de origen privado, regulan el comportamiento de las partes con la misma fuerza que los mandatos legales que emanan de la legislación pública.

Sin embargo, la gobernanza ambiental privada no existe en el vacío; interactúa y está limitada por reglas y políticas públicas. Entonces, sistemas como el sistema tributario, las leyes comerciales, las leyes antimonopolios y las leyes ambientales tienen un impacto en donde se crea y se captura valor. Esto tiene que ver con la discusión bastante actual sobre el rol esencial del derecho en la distribución del poder y valor en las cadenas globales.

Latinoamérica debe mejorar sus políticas de gobernanza. A su vez, el Norte global debe asumir una corresponsabilidad y cooperar con Latinoamérica para disminuir su dependencia como exportador de materias primas, en lugar de reforzar esta tendencia. Esto no se puede hacer sin tener en cuenta la enorme desigualdad que caracteriza la región. Ahora bien, el desafío es claro: para ampliar las redes basadas en la energía renovable, necesitamos una cooperación e integración regional más profundas.

Las experiencias en Europa y el sudeste asiático son los primeros ejemplos en este sentido, y por eso América Latina necesita incluir la transición energética en la agenda de integración regional.

7. CONCLUSIONES

Las voces de los expertos de diversos ámbitos y países nos han permitido debatir sobre las oportunidades que brinda la pandemia para cambiar hábitos, costumbres y maneras de producción adversos a la sustentabilidad, así como la necesidad de fortalecer la cooperación internacional y el multilateralismo en búsqueda de un modelo productivo más sostenible y la resolución de los desafíos globales actuales de manera coordinada y conjunta. Asimismo, este ciclo nos ha permitido robustecer el diálogo entre diferentes actores estatales, privados y de la sociedad civil con la ciudadanía, para la facilitar el cambio hacia una mentalidad sustentable. El desarrollo de futuros eventos que permitan seguir trabajando en esta línea serán un activo esencial para crear la masa crítica necesaria que permita avanzar en este objetivo.